

ALFAGUARA



Thomas Bernhard

Trastorno

Traducción de Miguel Sáenz

«Me estremece el silencio eterno de esos espacios  
infinitos.»

PASCAL

*Pensamiento 206*

---

El 26 salió mi padre a las dos de la madrugada hacia Salla para visitar a un maestro, al que encontró moribundo y dejó ya difunto cuando volvió a salir enseguida en dirección a Hüllberg, para tratar allí a un niño que, en la primavera, se había caído en una tina para cerdos llena de agua hirviendo y que ahora, dado de alta en el hospital, llevaba ya varias semanas con sus padres.

Le gustaba visitar al niño y no desaprovechaba oportunidad de hacerlo. Los padres eran gente sencilla: el padre trabajaba como minero en Köflach y la madre, en casa de un carnicero en Voitsberg, pero el niño no estaba todo el día solo, sino al cuidado de una hermana de la madre. Ese día mi padre habló del niño con más detención que nunca y dijo que se temía que le quedase poco tiempo de vida. Podía afirmar con certeza, dijo, que no pasaría el invierno, y quería visitarlo ahora tan a menudo como pudiera. Me di cuenta de que hablaba del niño como de un ser querido, con mucha serenidad y sin tener que buscar las palabras; se permitió mostrar hacia él un afecto natural, al referirse al medio en que había crecido —más protegido que educado por sus padres— y completar y aclarar sus propias suposiciones sobre los padres y sus relaciones con el niño gracias a su conocimiento del ambiente de las personas descritas. Mientras lo hacía, se paseaba de arriba abajo por el cuarto y pronto no sintió ningún deseo de volver a acostarse.

Mi padre era ahora el único médico de una comarca relativamente extensa y, por añadidura, «difícil», desde que el otro aceptó un puesto en la Universidad de Graz

y se trasladó a la capital de la región. Según mi padre, las esperanzas de que viniera algún otro eran escasas. Abrir aquí un consultorio era casi una locura. Sin embargo, él se había acostumbrado ya a ser víctima de una población básicamente enferma, propensa a la violencia y el desvarío. El que yo pasara el fin de semana en casa, decía, era para él un sedante cada vez más necesario. Parecía cansado. Sin embargo, cuando nos deslumbró el Ache al abrir yo los postigos de la ventana, dijo que iba a dar un paseo. «Acompáñame», dijo, «ven». Mientras yo me vestía, me habló de un «fenómeno de la Naturaleza», de un castaño que ahora, a finales de septiembre, estaba floreciendo y que él había descubierto en las afueras, a orillas del Ache. Quería aprovechar la oportunidad, dijo, para hablar conmigo de una vez; probablemente, pensé, de algo relacionado con mis estudios en Leoben, en la Escuela de Minas. Ahora habría tiempo, dijo, antes de que se pasara el día dedicado a sus visitas. «¿Sabes?», me dijo, «a veces no puedo más».

No queríamos despertar a mi hermana y bajamos tan silenciosamente como pudimos al zaguán, donde colgaban nuestros abrigos. Sin embargo, cuando, con los abrigos puestos, estábamos a punto de salir de casa sonó la campanilla y apareció ante la puerta un —para mí— desconocido, que resultó ser un posadero de Gradenberg y pidió a mi padre que lo acompañase sin perder tiempo.

De modo que fuimos a Gradenberg en el coche del posadero, en lugar de pasear por el Ache y conversar, no se habló más del castaño en flor y pudimos escuchar las cosas más inquietantes sobre la mujer del posadero.

Ella, dijo su marido, ocupada hasta las dos de la madrugada en servir a unos mineros que, borrachos desde hacía horas, se sentaban frente a frente en dos grupos hostiles, había recibido de uno de los mineros, sin motivo alguno, un golpe en la cabeza e, instantáneamente, había caído al suelo desvanecida. Los asustados mineros la habían llevado enseguida a la alcoba, situada en el primer

piso de la posada, operación en la que la cabeza de la mujer había tropezado varias veces con la barandilla. Habían echado a la mujer en la cama y habían aconsejado al marido —el cual, cuando los mineros abrieron la puerta del dormitorio, se había despertado, se había incorporado aturdido y había sido informado de lo que pasaba por los mineros, repentinamente serenos— que denunciase en la gendarmería inmediatamente, sin esperar a que amaneciese, a Grössl, el culpable, a quien, aunque superficialmente, conocían todos. Los gendarmes, incluido el de guardia, estaban durmiendo, dijo el posadero, pero a fuerza de tirar piedras a la ventana de la gendarmería había conseguido que por fin lo oyeran y lo dejaran entrar en el puesto. Al principio, los gendarmes le habían recomendado que volviera *por la mañana* para hacer su denuncia, pero él había insistido en que se levantase atestado inmediatamente y en que por lo menos uno de los gendarmes lo acompañase a la posada, donde, les había dicho, se encontraba su mujer inconsciente y donde esperaban los mineros, que, en su opinión, tenían que declarar sin demora. Sin embargo, cuando volvió a la posada con dos de los gendarmes había pasado demasiado tiempo, y todos los mineros, menos uno, se habían marchado ya cuando entró en el dormitorio con los gendarmes. Inmediatamente —al encontrarse de pronto ante su mujer, lleno de horribles sospechas y conjeturas, y ver a Kolig, el minero que había estado todo el tiempo con ella, al que no conocía bien, sino sólo por sus irregulares visitas a la posada, que no era considerado como del pueblo, en el sentido de persona de fiar y que hablaba, además, un dialecto de Estiria desagradablemente distinto del de la región— había pensado que no hubiera debido dejar sola a su mujer ni un segundo.

Aunque Kolig, el minero que había permanecido con la mujer del posadero, dijo, estaba tan borracho que podía tenerse en pie, pero no articular palabra, había sido interrogado inmediatamente por el más joven de los gen-

darmes, quien le había ordenado que se sentase en el sillón del rincón, mientras el más viejo tomaba fotos de la mujer desmayada en la cama, como si se tratase de un cadáver. Lo declarado por Kolig en su interrogatorio era realmente inservible y como, al no poder permanecer sentado, amenazaba con caerse hacia adelante, el gendarme, descontento de él, lo agarró y lo sacó al pasillo a tirones y empujones.

Grössl, el fugitivo, dijo el posadero, era un hombre que, cuando llegaba a una posada, se quedaba en ella hasta que, sin remedio, entraba en conflicto con la Justicia. No sería difícil encontrarlo, habían dicho los gendarmes y, teniendo en cuenta los antecedentes penales del imputado, habían hablado de una pena de muchos años de prisión, porque la figura delictiva de las lesiones graves se había dado como consecuencia de su puñetazo en la cabeza a la mujer del posadero y del desvanecimiento de la mujer. Apenas había mencionado el más viejo de los gendarmes las lesiones graves, todos habían caído en que había que avisar a un médico. «Entretanto habían pasado algunas horas», dijo el posadero.

Eran las cuatro y media de la mañana cuando, llegados a Gradenberg, el posadero nos hizo pasar enseguida a la alcoba, en la que estaban los dos gendarmes. Mi padre dijo a todos los hombres que salieran al pasillo. Mientras, dentro del cuarto, reconocía a la mujer —que, en el poco tiempo que pude verla, me había dado la impresión de estar ya muerta—, los dos gendarmes me hablaron en tono reprobatario del yacente Kolig, al que calificaron de embrutecido y cada día más irresponsable hacia su familia de seis bocas. No sabían qué hacer con él: cuando mi padre salió de la alcoba lo estaban arrastrando de los hombros para apartarlo de la escalera, que obstruía a medias con sus piernas, y no volvieron a hacerle caso. La mujer estaba realmente malherida y tenía que ser llevada inmediatamente al hospital de Köflach, dijo mi padre; los gendarmes debían bajarla con cuidado y meterla en la furgoneta, en una camilla.

---

El cuarto del que los gendarmes sacaron a la mujer del posadero era una habitación húmeda, decorada en un marrón verdoso, llena de muebles de madera baratos y oscura hasta a plena luz del día. Mi padre me miró al pasar por mi lado siguiendo a los gendarmes, que bajaban cuidadosamente a la mujer por la escalera, y yo pensé que aquello no significaba nada bueno para la mujer del posadero.

Mientras yo me sentaba en la furgoneta junto al posadero, que conducía, mi padre lo hizo atrás, junto a la mujer echada en la camilla.

Durante todo el viaje, que acortamos pasando por Krennhof, el posadero y yo no cruzamos palabra. Por lo temprano de la hora se podía viajar bien y deprisa. Hacía tiempo que no venía por aquí, pensé, y tuve que remontarme a mi primera infancia para verme otra vez correteando a orillas del Gradner. Se me ocurrió que mi padre me llevaba rara vez con él en sus viajes y que, desde la muerte de mi madre, yo dependía sólo de mí mismo. Mi hermana —porque a ella le pasaba igual— debía de notarlo de forma mucho más dolorosa.

Muy de acuerdo con el ambiente, el posadero —a diferencia de antes, durante el viaje a Gradenberg, en el que tanto había hablado— no dijo nada durante el trayecto hasta Köflach. Me hubiera resultado absurdo también dirigirle la palabra. Me parecía que, si había comprendido bien a mi padre, la mujer no soportaría el viaje, pero cuando los enfermeros del hospital la sacaron de la furgoneta no había muerto aún, aunque murió mientras estábamos en el hospital. Estaba muerta incluso antes de llegar al único cuarto —no se podía llamar sala— de operaciones existente en el hospital, y su marido lo presintió y, mientras los enfermeros la llevaban por el pasillo, le cogió la mano llorando. No le permitieron quedarse con el cadáver sino que lo acompañaron abajo, al patio, donde, totalmente abandonado a sí mismo, tuvo que esperar media hora

---

a mi padre. Yo lo dejé solo, observándolo de forma que no notase que lo observaba. Luego llegó mi padre y paseó con él por el patio, intentando tranquilizarlo. Le habló de las cosas que había que hacer ahora, de las formalidades del entierro, de la comisión judicial y de la denuncia contra Grössl por homicidio. Para él, el posadero, sería mejor ahora, dijo mi padre, estar acompañado y no aislarse en su dolor; en ese dolor, él, mi padre, le evitaría algunos trámites necesarios, como el judicial, y en otros, como el principal de todos con respecto a su mujer, que ahora estaba en la sala de autopsias, lo acompañaría para mitigar su pena. Había comprobado en la difunta, dijo mi padre, un derrame cerebral mortal de necesidad, y a primeras horas de la mañana tendría ya el informe detallado del forense. El que él, mi padre, no hubiera sabido por el posadero lo ocurrido hasta pasadas tres horas desde el golpe fatal, dijo, carecía de importancia. No hubiera podido salvarla. La difunta tenía treinta y dos años y mi padre la conocía desde hacía muchos. Siempre le había parecido una monstruosa falta de delicadeza por parte de los posaderos, dijo mi padre cuando nos separamos por unos momentos de quien nos acompañaba y parecía haber perdido la razón, el dejar a sus mujeres —mientras ellos mismos, en la mayoría de los casos, se iban a la cama pronto porque durante todo el día se habían afanado en sus carnicerías, sus chalaneos y su agricultura— en aquellos locales, abiertos hasta altas horas porque sólo pensaban en el negocio, abandonadas a sí mismas y a un mundo de hombres que, con el consumo creciente de alcohol hacia la madrugada, se recataban cada vez menos en la expresión de su brutalidad. «Todas las largas veladas de las posadas acaban mal», dijo mi padre, «y, en esta región, con muertes en un porcentaje elevado». No era raro que la víctima fuese la propia mujer —ya en circunstancias normales indefensa—, obligada por el posadero de la forma más odiosa a atender a los borrachos durante la mitad de la noche o durante la



---

noche entera, con el único fin de sacarles dinero por todos los medios y de atiborrar sus sufridos estómagos del aguardiente más barato. Al posadero le dijo mi padre, cuando lo alcanzamos otra vez, que sería fácil encontrar a Grössl. La gendarmería tenía conocimiento del homicidio, y aunque Grössl se hubiera escondido no le serviría de nada. Sin embargo, cuanto más hablaba mi padre con aquel hombre —que, precisamente porque en su trato con el ganado, con el que comerciaba, en su trato con el mundo de las posadas, que era el suyo, encarnaba la brutalidad misma, de la forma tan característica del Bundscheck, y por ello resultaba conmovedor cuando lloraba y se mostraba totalmente desvalido—, tanto más absurdo le parecía, indudablemente, y por eso se limitó a darle, pensé, las indicaciones más necesarias, de un modo muy sencillo y fácil de comprender, antes de que lo dejásemos otra vez abandonado a sus fuerzas.

Mi padre se dirigió a la sala de autopsias y quedó citado con sus colegas en el juzgado, mientras yo —sin dejar de observar al posadero, que se sentó en el único banco de todo el patio del hospital— me imaginaba el cadáver de su mujer en el carrito de dos ruedas que un enfermero joven pasó empujando ante mí. El espectáculo del carrito no me era nuevo, porque a menudo, en el camino del colegio, que pasaba junto al hospital, me había detenido en un lugar desde donde, entre dos saúcos, se podía ver la sala de autopsias, para contemplar el carrito que, de día y de noche, cuando no se utilizaba, permanecía junto a la entrada de la sala en un cobertizo abierto hacia el lado desde el que yo miraba. Aquel carrito de chapa metálica había ejercido siempre una horrible fascinación sobre mí y había sido con frecuencia, en mis sueños infantiles, un espeluznante elemento escénico principal. El joven enfermero —casi en edad escolar— empujó el carrito hacia la entrada de la sala de autopsias y oí a mi padre que venía de ella. Mi padre —pensé mientras salía—

mos del patio del hospital rápidamente y pegados al muro para, si era posible, no ser vistos otra vez por el infeliz posadero, que seguía sentado en su banco— nunca se comportaba en su ambiente de enfermos y hospitales —como suele achacarse a los médicos— como si todo aquello fuese un tinglado gigantesco y un complicado negocio, sino más bien —se me ocurrió ese día— como si se tratase de una ciencia cada vez más clara. Indudablemente había muchos médicos, pensé, que, aun teniendo una mentalidad plenamente científica, no eran otra cosa que hombres de negocios y hablaban y actuaban como tales; mi padre, sin embargo, no era de éstos. Para mí, dijo, debía de ser una continua tristeza acompañarlo, y por ello vacilaba casi siempre en llevarme con él en sus visitas, porque siempre resultaba que todo lo que él veía, tocaba o atendía era enfermizo y triste. Se tratase de lo que se tratase, se movía constantemente en un mundo enfermo, entre gentes y personas enfermas; incluso cuando ese mundo pretendía o simulaba estar sano, estaba en realidad enfermo, y las gentes y las personas, incluso las pretendidamente sanas, estaban enfermas siempre. Él estaba acostumbrado, dijo, pero a mí podía trastornarme e inducirme a reflexiones perjudiciales; precisamente yo, en su opinión, tendía siempre a dejarme trastornar por todo y por todos, de una forma que me hacía daño. Y lo mismo le ocurría a mi hermana, de un modo mucho más peligroso aún. No obstante, era un error, creía él, negarse a aceptar la evidencia de que *todo era enfermizo* y triste —dijo *realmente enfermizo y triste*— y, por esa razón, tarde o temprano se «sentía tentado» a llevarnos *a mí o a mi* hermana en sus visitas. «Siempre hay un riesgo», dijo. Lo que más temía él, dijo, era que alguno de nosotros, mi hermana o yo, pudiera quedar traumatizado para toda su vida por la vista de un enfermo y su enfermedad, cuando la preocupación de mi padre había sido siempre lo contrario.